

á prodigarnos: obliquémosle, en fin, á vencer con la fuerza de su santo amor, la oposicion de nuestra naturaleza corrompida, para servirle cristianamente y tener parte alguna vez en su eterna gloria.

Así SEA.

SERMON DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Sic enim Deus dilexit mundum, ut
Filium suum Unigenitum daret.
- Porque de tal suerte amó Dios al
mundo, que le dió á su Hijo Unigé-
nito.

S. JUAN, CAP. III, V. 16.

Solo aquel amor gratuito y constante de Dios para con el hombre, cuya dignidad es inaccesible al conocimiento de todos los Angeles y de todos los hombres, pudo ciertamente obrar el Sacramento de nuestra reconciliacion. Que un Dios se revista de carne, que nazca por el hombre y que muera por él; el Señor por los siervos, el Criador por las criaturas y el piadoso por los impíos, es un misterio mas bien digno de admiracion y de silencio, que de alguna exposicion: es un arcano perpetuo, fuera de los alcances de toda virtud natural, aunque se esfuerce en comprenderlo, y que únicamente el mismo Salvador fué el primero que se lo reveló á Nicodemo.

Apenas oye Abraham la voz de Dios que le manda sacrificar á su unigénito, cuando al punto le obedece, sin pérdida de tiempo sale de noche de su casa,

corta la leña por el camino y la carga sobre los hombros de su amado: sube con él por el monte, llevando entre las manos el fuego y el cuchillo: llegan á la cumbre, pone el padre en ella, como sobre un altar, la leña, encima coloca á Isaac ya ligado, toma el puñal en la mano derecha, y extendiéndola para degollarle, un Angel lo detiene á nombre del Señor, y le dice: "Ahora he conocido que temes á Dios y que no has perdonado á tu hijo unigénito por amor de mí." ¡Oh lance tierno y verdaderamente maravilloso! aquel Patriarca por el amor de Dios sacrificó dentro de su corazón á su hijo, bien que no derramó su sangre; mas el Eterno Padre tampoco perdonó á su Unigénito, sino que realmente lo entregó por amor de los hombres. No puede menos, puesto que Isaac representaba solamente en sombra el sacrificio de Jesucristo. Si el monte Moriah en que se edificó después el famoso Templo de Jerusalem, y una de cuyas colinas ó cumbres fué, segun San Gerónimo, el Calvario, había de ser el sitio destinado para la oblacion mística del antiguo Isaac; ¡no fué en el crucificado el nuevo Isaac, después de cargar sobre sus hombros el pesado madero de la Cruz! ¡Ah! si para dar cumplimiento á la figura, se le substituyó al primer Isaac otra víctima, porque viendo Abraham á sus espaldas un carnero enredado por las astas en un zarzal ó espinar, lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo; al segundo Isaac ninguna se le substituyó, porque este carnero era puntualmente imágen del Cordero de Dios, que fué crucificado después de haber sido coronado de espinas: *Sic enim Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret.*

En efecto, el Eterno Padre, por su infinito amor, dió todo lo que tenia de preciosísimo por la salud del hombre. Este es mi propósito, y como el blanco de todo mi discurso. Para desentrañarlo con acierto, pidamos la gracia saludando rendidamente á la Santísima Virgen con el Angel. Ave María.

"Porque de tal suerte amó Dios al mundo, que le dió á su Hijo Unigénito."
S. JOAN, Cap. y vers. citados.

El amor de Dios se extendió en el acto de la rendicion, y se extiende tambien ahora por medio de su eficacia, no solo á los justos, no solo á los sabios, no solo al pueblo de judíos, sino á todos los hombres. Su Unigénito, su obediente Hijo, el nuevo Jacob en la carne, el inocente Isaac, el Cordero sin mancha, subió al Moriah ó Calvario cargando sobre sus hombros el madero de la Cruz: en él ofreció por sí mismo un sacrificio voluntario, y derramó toda su sangre por las impías manos de los asesinos. No necesito mas para dividir mi asunto en estas dos breves proposiciones: Primera, Jesucristo redimió á todo el género humano por sí mismo: segunda, Jesucristo redimió al hombre con una muerte sangrienta.

PRIMERA PARTE

Criado el primer hombre á imágen y semejanza de Dios en el paraíso de delicias, dotado de una alma inocente y de un cuerpo inmaculado, ni el tumor de la soberbia, ni el temor, ni la avaricia, ni la envidia, ni

la ira, ni la desesperacion ú otro vicio podrian perturbar aquel estado de vida tan feliz. Pero ¡oh mudanza repentina! ¡Oh seducccion atrevida! El demonio, disfrazado en traje de serpiente, incita á la mujer á romper el vínculo sagrado de la subordinacion á Dios: Adán condesciende con su esposa, y he aquí á toda la naturaleza humana corrompida. La muerte, la pérdida de la gracia y de la gloria, y una eterna condenacion, fueron necesariamente las consecuencias funestas del pecado. En tan lamentable situacion, ¿quién satisfará en el rigor de la justicia á Dios? ¿Quién reconciliará al hombre reo con su Criador? ¿El mismo hombre? Es insuficiente. ¿Acaso algun Angel? No guarda proporcion con la excelencia de la Divinidad ofendida. Solo Dios, como Supremo Señor, pudo perdonar el pecado y ceder de su derecho: como Legislador y Juez Soberano pudo tambien dispensar en la ley dada contra los pecadores; ó exigiendo alguna penitencia, ó sin necesidad de ella; ó enviando algun hombre puro ú Angel, para satisfacer por los mortales, ó sin usar de ministerio alguno. “Juzgando, pues, gravísimas las causas de nuestros crímenes, como dice San Agustin, el mismo Dios descendió á la tierra.”

En la ley antigua, segun se refiere en los Hechos de los Apóstoles, mandó el Señor Dios á Moisés como Caudillo y como Redentor á Israel, por mano de un Angel que se le apareció en la zarza. En la ley nueva tambien un Angel anunció en Nazareth el inefable misterio de la Encarnacion á una Doncella Purísima, en cuyo casto seno se verificó: por espacio de nueve meses, para guardar el órden de la condicion de la substancia corporal, se ocultó el Verbo Eterno

en el vestido de nuestra carne: sin lesion de la virgindad de su Santa Madre, nació en Belen un Dios hecho Hombre y fué adorado de los Angeles, de los Pastores y de los Reyes. Como que es la Persona média entre el Padre y el Espíritu Santo, convino tambien que fuese el Mediador entre Dios y los hombres. Puesto que se ha constituido piedra angular de la Iglesia, une maravillosamente los dos extremos de la divinidad y humanidad; y ni á Dios ni al hombre puede ser sospechoso, como demuestra agudamente San Bernardo: “Dios, dice, el Hijo de Dios hágase Hombre: con seguridad recibo por Mediador al Hijo de Dios, á quien conozco, que tambien es mio: de ninguna suerte me puede ser sospechoso, porque es mi hermano y es mi carne: juzgo que no puede despreciarme, es hueso de mis huesos, y carne de mi carne.” Al fin, y con raro asombro del mundo, se cumplió perfectamente el nombre del nuevo Redentor, del Redentor Divino, que le salvó no solo con su vida, sino tambien con su muerte. Oid, cristianos, á Isaias, cómo exclama lleno de gozo y entusiasmo: “Porque el Señor hizo salvo al linaje humano, sin valerse de la mision de un Angel ó de un Legado.” *Non Angelus, neque Legatus; sed ipse Dominus salvos eos fecit.*

Añado, que mas estimó Dios la salud del hombre que su propio honor: parecerá acaso que esta proposicion es atrevida y muy avanzada, sin embargo no se conocerá así por esta razon: El demonio orgulloso desobedece á su Criador, envidiando insolentemente el asiento que solo corresponde á su Hijo Unigénito en el trono real. Para vengar este agravio, se sirvió del ministerio del Arcángel San Miguel y

de sus Angeles. Mas para redimir al hombre á nadie delegó este negocio: en su propia persona se presentó al combate el Hijo de Dios, como David ante el gigante Goliat, y ligando al dragon infernal en el árbol de la Cruz, en pena de que en otro árbol llamado de la vida subyugó á todo el universo; destruye su imperio, devasta al pecado, fija sus despojos en aquel trofeo, y hace tambien brotar la sanidad de su mismo abatimiento: *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.*

¡Oh feliz triunfo el que consiguió del poder de las tinieblas la humildad del Divino Redentor! No contento con haber sido anonadado en cuanto á la carne aun bajo de los Angeles, conquista á los hombres; no en el trono, no con el cetro, no con la fuerza de las armas, sino con la verdad de su mision y su doctrina, con la autenticidad de los milagros y con su misma deshonra. No espere Israel ver al Mesías en medio de la opulencia y vanidad del siglo, dilatar su reino á fuerza de fuego y sangre: ni caminará en lujosos carros ni será asistido de muchos criados. La forma de siervo es la que mas le agrada, con ella quebrantará la soberbia, que es la causa de todos los males, como asegura San Agustin: *Ut causa omnium morborum curaretur, id est, superbia, descendit, et humilis factus est Filius Dei.*

Ahora bien: ¿no es este, pregunto, un amor sin límites, una bondad sin igual! ¡Ah! Correspondamos con las mas expresivas muestras de una fervorosa caridad, al ardentísimo afecto con que nos visitó Jesucristo. ¿No nos rescató en el tosco sayal de nuestra carne, en el ejercicio de una humildad inaudita; y

para decirlo de una vez, en su propia sagrada persona! Pero tambien redimí al hombre con una muerte ignominiosa y sangrienta sobre el altar de la Cruz.

SEGUNDA PARTE

En la obra de nuestra redencion debemos considerar dos cosas: ó la misma redencion en sí, ó el afecto del Divino Redentor. En cuanto á lo primero, una sola gota de su Sangre, un solo suspiro del corazon, era mucho mas que abundante para dar la salud al hombre; mas en cuanto á lo segundo, su afecto no se contentaba con poco: no se saciaba con que fuese su Alma inocentísima afligida de la angustia y la tristeza: el exceso de su caridad no se llenaba con que fuese despedazada su Carne sacrosanta con las heridas, sino que habia de derramar todo el resto de su Sangre, muriendo en una Cruz, y aun despues de muerto, para hacer copiosa la redencion del mundo. *Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio.*

Desde la Circuncision comenzó Jesucristo á derramar su Sangre, así para cumplir con la Ley, aunque en ella no estaba comprendido, como para recomendar la uniformidad. Pero este era solamente un principio, un anuncio del Sacrificio cruento. En la oracion del Huerto, dos afectos lucharon entre sí poderosamente: esto es, el temor que se apoderó de su espíritu y causó naturalmente el efecto de retraer la sangre al corazon, y el amor que aunque se suspendió por un momento, en breve se encendió con la mayor

viveza, derramó la sangre que estaba estancada por las venas, y la hizo salir por todos los poros de su Cuerpo como por otras tantas fuentes. A la manera que una fragua en la que se echa una corta cantidad de agua para refrescar el fuego, á poco tiempo despide las llamas mas fuertes, así nuestro Redentor Jesucristo arrodillado sobre una piedra, arrojó despues del temor, las llamas mas encendidas y encarnadas de su Sangre: "Fuerte es el amor como la muerte, dice el Espíritu Santo: sus lámparas, son lámparas de fuego y de llamas, muchas aguas no pudieron extinguir la caridad, ni los rios la cubrirán."

¡Qué! ¿no está aquí concluido el sacrificio! Ara, espada penetrante del dolor, fuego, sangre, mutacion de la víctima, ¡qué falta! ¡Ah! otros preparativos mas crueles. Se deja, pues, ligar Jesus á una columna, que aun alcanzó á ver ensangrentada San Gerónimo. De las innumerables heridas que recibió en su Carne de este horroroso é infame martirio, salió tanta Sangre, que aun se veía saltar hácia atrás por el aire, como afirma San Bernardo. *Tan dure flagellatus est Dominus, ut sanguis ejus sursum in aere resultaret.* ¡Oh sangriento espectáculo! "Jesus es ligado, dice San Lorenzo Justiniano, es herido, y todo su Cuerpo se rompe con los azotes: ya le ciñen las espaldas, ya los brazos, ya las piernas: agregan nuevas heridas á las heridas, y llagas á las recientes llagas: de aquí resulta un color amoratado, hinchado, de allí sale con ímpetu la Sangre. Sin duda que hubiera espirado Jesucristo en el acto de esta inaudita flagelacion, si un milagro nuevo no le conservara la vida. A continuacion, otro cruellísimo tormento inventado á ruegos de

los judíos por los soldados romanos, se dispone de nuevo para causarle los dolores mas agudos: la corona de espinas digo, instrumento enteramente desconocido, por el cual brotó con tal abundancia la Sangre de su Santísima Cabeza, que con ella quedaron estampadas en el lienzo varias imágenes de su rostro: "Maldita sea la tierra en tu obra, dijo Dios al hombre, espinas y abrojos te producirá." Desde luego, que Jesucristo recibió las espinas, para borrar aquella maldicion, para arrancar de nosotros los agujijones del pecado.

Finalmente, llegó el tiempo en que se cumplieran con puntualidad y omnimoda perfeccion las profecias. El manso Cordero fué extendido con fiereza sobre el duro leño, y traspasados sus piés y manos á golpes, y por la consistencia de los clayos. Aun despues de muerto, como refiere San Juan, un soldado le atravesó el corazon con una lanza: *Unus militum lancea latus ejus aperuit.* ¡Cómo! ¡Qué! ¿Ha dejado escrito el Evangelista que la lanza solamente abrió el costado de Cristo: *latus ejus aperuit:* y no dice que se lo hirió? Aquí hay seguramente algun misterio, esta es una prueba evidente de que la lanza hizo nada mas que el oficio de llave, abriendo una puerta que ya estaba abierta por el amor. Sí, cristianos, cinco son las puertas principales de donde manan ondas de Sangre; pero del costado, de aquella puerta celestial que guardaba el tesoro, se vertió agua para lavar, y sangre para redimir. ¡Pero de qué podía servirnos su virtud infinita, si no se nos aplicara! ¿De qué nos aprovecharia su efusion, si no nos alcanzara? Por eso, pues, está depositada esta misma Sangre en los Sa-

eramentos como en unos vasos de oro finísimo, para comunicarnos la vida con el mismo principio de vida que contiene.

“Sabed, dice el Príncipe de los Apóstoles, que habeis sido redimidos, no por las cosas corruptibles de oro y plata, sino con la Preciosa Sangre del Cordero immaculado, é incontaminado Cristo.” “¡Oh admirable cosa, exclama Ruperto! No fué bastante á Cristo Señor nuestro, haber derramado generosamente por nuestra redencion la Sangre de su Cuerpo Santísimo en la circuncision y en su pasion: no le era suficiente haber regado con arroyos de Sangre á Jerusalem, al tribunal de Pilato y al lugar del Calvario, sino que á mas de todo esto, despues de que fueron consumadas todas las cosas que miraban á la redencion de todo el género humano, la derramó con abundancia.” ¡Oh inmensa caridad! ¡Oh benigna dignacion de las entrañas de nuestro Dios!

Y para que de luego á luego se advirtiesen en alguna manera los copiosos frutos de la Sangre de Jesucristo, comenzaron inmediatamente despues de su muerte los milagros. Toda la naturaleza se conmovió y se vistió de luto: el Paraiso, que mas de cinco mil años hacia estaba cerrado, se abrió al punto: uno de los ladrones que juntamente fueron crucificados con él, se trasladó desde la cruz á la gloria, despues de haber sido santificado por la gracia: algunos muertos resucitaron y se aparecieron á muchos; los judíos á quienes solo quedaba el instrumento de la Cruz para confundirlos, se revolvieron dándose golpes de pecho. Por último, de la Santísima Cruz destila un bálsamo, una virtud divina, que se comunica maravillosamente

á otras cruces semejantes por toda la extension de la tierra á beneficio del hombre.

Volviendo ahora al origen de mi discurso, diré en resúmen: que Jesucristo se anonadó hasta tomar la forma de siervo; que se hizo como un solo pecador por todos nosotros, y que nos redimió en su propia persona: *Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus*: que nos reconcilió con su Eterno Padre por medio de toda la efusion dolorosa de su Sangre, pues sufrió con paciencia y libremente la muerte, y una muerte de Cruz: *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*. Entre todas las obras del Altísimo no hay otra como ésta, en que resplandezcan mas sus atributos, y especialmente la profusion del divino amor: *Sic enim Deus delicit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret*.

De consiguiente, si el mismo Jesucristo ejecutó el oficio de Redentor, lo deberemos amar con todo nuestro corazon: pertenecemos á él no solamente por la creacion, sino tambien por la redencion. Si nos redimió con su Sangre, que es precio de infinito valor, por él infinitamente somos suyos, de tal suerte, que si nuestro corazon fuera capaz de un amor sin fin, con él habiamos de corresponderle: siendo, pues, limitado, le alabaremos y nos uniremos á él siquiera por actos repetidos y continuados. “Ya no sois vuestros, nos dice el Apóstol San Pablo, habeis sido comprados á grande precio; glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo.” Verdaderamente que Jesucristo rompe las pesadas cadenas con que nos ha aprisionado el pecado y el infierno, y nos torna en súbditos de su

reino. Con su Sangre blanquea nuestras vestiduras y nos convierte en hijos espirituales de su Padre Omnipotente, de sí mismo como Verbo Eterno, y de su Santo Espíritu. ¡Qué mas nos resta, sino ensalzarle y revestirnos de tan gran Dios en todas nuestras acciones! ¡Ah! la gracia, la caridad, la mortificacion, la justicia y la santidad, atraerán á nosotros las dulces miradas de nuestro Hacedor y de nuestro Mediador. Adquiramos desde luego estas relevantes prendas, sin dejar de contar con el auxilio divino, y seremos felices en la tierra y en el cielo.

Así SEA.

SERMON

DEL SANTÍSIMO REDENTOR

Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut iudicet mundum; sed ut salvet mundum per ipsum.
 "Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él."
 S. JUAN, CAP. III, v. 17.

A tiempo en que nuestro Divino Redentor Jesucristo celebraba su primera pascua en Jerusalem, y confirmaba su sagrada mision con el testimonio mas claro de tantos prodigios que allí obró; Nicodemo, Doctor de la ley, le visita de noche dispuesto á recibir sus instrucciones y á ser contado en el número de sus discípulos. "Sabemos, le dice el catecúmeno Fariseo, que eres Maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviere con él. Jesucristo le enseña que para ser el hombre hijo de Dios y heredero de su reino, es necesario que de nuevo sea reengendrado de agua y de Espíritu Santo." Despues de humillarlo y de prepararlo á recibir la gracia, le descubre la autoridad que tiene para enseñar la verdad, como que

es el Verbo Eterno y la Sabiduría del Padre que descendió del cielo. También le declara el género de muerte que había de recibir, figurada en la serpiente de bronce que exaltó Moisés en el desierto, y la caridad sin límites con que amó el Señor á los mortales, dignándose entregar á su Unigénito para salvarlos. *Non enim missit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum; sed ut salvetur mundus per ipsum.*

¡Oh excesivo amor de Dios para con el hombre, que le había de corresponder con tanta ingratitud! ¡Qué padre dió jamas á su hijo mayores pruebas que las de este amor gratuito, constante, inmenso, y que el entendimiento humano no alcanza á conocer! Nuestro Dios, ciertamente, envió á los hombres no á un siervo suyo, no á un legado, no á un Angel ó á un Arcángel, sino todo lo que tenía de preciosísimo, su Verbo, su Unigénito; estaba en los altos designios de su infinita sabiduría y de su libre voluntad, que se resistiese de nuestra carne mortal como un Jacob de la nueva Ley, y se reformase para sí espiritualmente un cuerpo místico, convirtiéndonos de enemigos suyos en sus amigos, y franqueándonos la gracia de la adopción.

En efecto, llegada la plenitud de los tiempos, el Mesías prometido vino al mundo, no para juzgarlo en la severidad, sino como un médico benéfico á curar nuestras enfermedades y á cerrar nuestras heridas: no como un Moisés ú otro Josué que daban leyes solamente para condenar al universo, y hacían temblar á los Soberanos en su mismo trono, sino como un Redentor pacífico y humilde, que cargando sobre sí todos los pecados pasados, presentes y futuros, había

de llenar su misión muriendo afrentosamente en el suplicio de la Cruz: como un Señor que empleando el tesoro de sus misericordias á favor de los hombres, los libertó de la esclavitud tiránica del demonio en que vivían por la culpa, y les dejó un copioso manantial de gracias á todos los que bien usaran de ellas. Todo esto se refiere á que Jesucristo obró con su muerte la salud del mundo, que es el punto esencial de mi tema. A este fin determinado se moverá mi discurso; mas para el acierto alabemos con el Angel á la digna Madre de Dios que siempre estuvo llena de gracia. Ave María.

"Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él."
S. JUAN, cap. y vers. citados.

El que era Jesus ó Salvador, para cumplir con su Sacrosanto Nombre, debía morir. "No hay salvacion en otro alguno, declara el Libro de los Hechos de los Apóstoles, pues no se ha dado á los hombres otro nombre bajo del cielo, por el cual debamos salvarnos." Este fundamento estriba, en que despues de haber consumado su doctrina, murió en efecto extendido de piés y manos sobre el áspero madero, y derramó toda su Sangre por las impías manos de los asesinos. Con su muerte borró ó venció á la misma muerte, que ya había entrado en los hombres desde la caída de Adán, destruyendo su solio en el instrumento de la Cruz. Ofreciendo á Dios este sacrificio, en el que fué Sacerdote y Víctima á un mismo tiempo, libró al hombre de la muerte. Estos conceptos se distinguirán mejor reduciéndolos á estos dos breves puntos: Pri-

mero, Jesucristo alcanzó con su muerte la victoria del pecado y lo fijó en la Cruz. Segundo, la muerte de Jesucristo libró al hombre de la muerte del pecado.

PRIMERA PARTE

Desde el momento en que Adán, por complacer á su esposa, dió el funesto golpe de su eleccion, rompiendo con soberbia la debida subordinacion á Dios, todos los demas hombres comprendidos en él como en su cabeza, incurrieron en el pecado, en la muerte y en la condenacion: perdieron al Espíritu Santo que morara dentro de sus corazones, todas las gracias que disfrutarian en el estado de la inocencia y el derecho á la inmortalidad. Una vez ofendida la Divina Justicia, jamas la accion de un puro hombre, ni aun la misma muerte podria satisfacerla. "El hombre, como dice San Agustín, es apto para herirse, pero no para sanarse: cuando quiere se enferma, pero no cuando quiere se levanta: para caer enfermo le fué necesario su desarreglo, pero para levantarse le fué necesaria la medicina de su Artífice." Para llevar pues al cabo esta grande é inefable obra maestra de la reparacion humana, apareció en medio de nosotros un nuevo Adán en la carne, un Adán del cielo, que arruinó por sus fundamentos la herencia de la culpa, que nos dejó un Adán terreno.

Mas aunque la ocasion del pecado de nuestro origen, era la causa principal de la pasion y muerte del Hijo de Dios, su valor y eficacia se extendió á bor-

rar "el quirógrafo de todos los pecados," segun la expresion del Apóstol. Supuesto que la ofensa incluye en sí el desprecio del Criador, ó de su autoridad, ó de alguna de sus perfecciones, se requeria un Mediador capaz de aplacarle, compensando á igualdad el mal infinito con un bien infinito; se necesitaba de una víctima que restituyese la gloria de Dios, aun mas de lo que fué deshonrado por el pecador. El hombre, pues, era insuficiente para satisfacer en el rigor de la justicia, porque su bien es finito y su culpa infinita. Solo un Hombre inocente, pero un Hombre que es tambien un Dios, pudo pagar á lo infinito tal deuda humanamente insoluble. Ademas, el Eterno Padre vengó la injuria cometida contra su Unigénito, condenando á los Angeles malvados. Para no perder á todos los hombres, que tambien le ofendieron, quiso que su mismo Verbo hecho Hombre, los reconciliase con su muerte y reparase la gloria divina.

La santidad y el pecado se oponen entre sí, más que la luz y las tinieblas; más que el calor y el frio en sumo grado. Por lo cual, Jesucristo, que es la santidad por esencia, usó de todas sus virtudes para borrarlo. Si Adán en su caída infeliz faltó á la obediencia, Jesus siempre obedeció á su Eterno Padre en el discurso de su vida, y particularmente en la Cruz, para cumplir con su precepto. Pero como la soberbia es la causa de todas las enfermedades, atendamos al anécdoto de que se valió para curarla. ¡Oh! El que crió á los Angeles é ilustró los cielos con diferentes astros: el que sacó de la nada á la tierra y á todas las cosas, y reunió las aguas que están bajo del firmamento en un lugar: el que mandó á las aguas producir peces,

que nadan en ellas y aves que vuelan por los aires: el que adornó la superficie del elemento árido con yerba verde, árboles fructuosos y animales de diversas especies: el que hizo al hombre, que por razon de su alma es el ínfimo entre las criaturas espirituales, y por razon de su cuerpo es el mas miserable entre los animados, se humilló hasta el punto de hacerse hombre. Bien podia, sin embargo de haberse constituido nuestro hermano, obrar el Sacramento de nuestra reconciliacion, eligiendo con libertad: ó la gloria, ó la ignominia; ó un sacrificio incruento, ó un sacrificio sangriento. Sin embargo, recibió con el mayor gusto el suplicio de la Cruz y se entregó á la muerte. Ardientemente deseaba que llegase esta hora como suya; algunas veces hablaba de su pasion como del dia de su desposorio, coronacion y alegría de su corazon. Tanto así amó la humildad, porque aborrece infinitamente la soberbia. ¡No se agregó tambien á su dolorosa crucifixion el despojo de sus vestidos, y hasta de su misma túnica! ¡Oh glorioso triunfo! "La soberbia del que cautiva, como dice San Agustín, se destruye por la humildad del Redentor." Asimismo el orgullo del primer hombre y de la madre de todos los mortales, seducida por la serpiente, se derriba al tiempo en que creyeron llegar á ser como Dios: *Eritis sicut Diu*. Consiguientemente se reprime tambien la altivez de los demas hombres, á quienes cuadran bien las siguientes palabras del citado Padre San Agustín: "Avergüencese la soberbia terrena y la arrogancia del hombre redimido, donde resplandece la humildad del Redentor."

Finalmente, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la

envidia, la pereza fueron arruinadas por la liberalidad, inocencia, paciencia, templanza, caridad y diligencia en grado heróico de nuestro Salvador: todo este monstruoso cuerpo de corrupcion, se deshizo por un cuerpo immaculado que tomó su forma por ministerio del Espíritu Santo. *Corpus autem aptasti mihi*. Como que el hombre es un microcosmo, ó mundo pequeño, por quien crió Dios todo el universo, así como produjo el gran mundo compuesto de elementos tan opuestos, así tambien usó Jesucristo de medios contrarios para la reparacion del hombre. Por la primera Eva entró la ruina en el linaje humano, y por la segunda Eva principió la vida: el Huerto de los Olivos fué contrapuesto al paraíso de las delicias de Adán, el árbol de la Cruz al árbol del fruto vedado, la corona de espinas á la corona de las flores de ambicion de nuestro primer padre: la amargura de la hiel y del vinagre, á la suavidad de la manzana, los ojos encajados del Crucificado, á los aspectos pervertidos del primer hombre: los clavos y la lanza á las malas acciones de nuestras manos, pasos tortuosos de nuestros piés, y perversidad de nuestro corazon: un Sacerdote de la Ley nueva á un Sacerdote de la Ley antigua, todo un Redentor á todo un hombre pecador. Con razon exclama lleno de asombro el elocuentísimo Doctor de la Iglesia, San Agustín: "¡Conoce, hombre, cuánto valgas y cuánto debas, y cuando consideras atentamente tanta dignidad de tu redencion, tú mismo íntimate la vergüenza de pecar! He aquí que por el impío es azotada la piedad, por el necio es burlada la sabiduría, por el mentiroso es muerta la verdad: la justicia es condenada á muerte por el inicuo, la misericordia es

afigida por el cruel: por el miserable gusta la pureza el vinagre, es embriagada con hiel la dulzura, la inocencia se sacrifica por el reo, muere la vida por el muerto.”

¿Quereis tambien ver ahora, cómo Jesucristo suspendió el pecado en la Cruz? Pues seguid escuchándome. Desde el tiempo de la Ley antigua, cuando Moisés extendia en el monte sus brazos y figuraba con ellos y con su cuerpo en actitud recta una cruz, vencian los Israelitas á los Amalecitas. La vara que metió el Profeta Eliseo en el Jordan, representaba tambien el bautismo que iba á conferirse por la Cruz. Si el manso Cordero cargó sobre sus delicadísimos hombros el instrumento de deshonor y de infamia en otra época, al fin lo exaltó por insignia de la victoria: *Imperium factum est super humerum ipsius*. Si la muerte reinó en el mundo desde Adán hasta nuestro Salvador, entonces fué derribado su trono y fijados los despojos de sus enemigos en el sagrado madero como en un trofeo: *Dominus regnavit á ligno*. Aun antes de morir Jesucristo se convirtió en un Tribunal donde absolvió á uno de los ladrones, y al otro le condenó. “Si era escándalo para los judíos y locura para los gentiles, es la sabiduría, la virtud y la gloria de los cristianos; la gloria de las glorias, como dijo San Pablo:” *Gloriatio gloriationum*. “Es la escala del cielo, por la que Jesucristo levantó al hombre caído hácia al Padre,” como la llamó San Agustín: la fuente de bendiciones, el carro triunfal en cuya parte superior está sentado nuestro Redentor victorioso, y en cuya parte inferior trae al demonio ligado: *Nunc Princeps hujus mundi ejicietur foras*. ¡Oh Arbol no-

bilísimo de la vida, que sudas el oleo de la alegría y destilas el bálsamo de los carismas! “En él se inmoló Jesus, repetiré con el Crisóstomo, y en donde fué el sacrificio, allí fué la extincion de los pecados, allí la reconciliación.”

Tan divinos testimonios demuestran claramente, que muriendo Jesucristo en la Cruz, degolló con este cuchillo al demonio y mutiló los pecados. Pero tambien de este mismo modo nos apartó de la muerte ó nos concedió la vida.

SEGUNDA PARTE

El Criador de los cielos y de la tierra, que se negó á los Angeles rebeldes, abrió las entrañas de su misericordia á favor del hombre en el término prefinido: *Tempus miserendi ejus, quia venit tempus*. Sí: cuanto estuvo de parte de Jesucristo sacó al pecador de la esclavitud del demonio, “y no solamente como enseña el Angélico Doctor, le borró la culpa, sino que tambien le mereció la gracia justificante y la gloria.”

Ejerció, pues, el oficio de Mercader, rescatándole para con Dios su Padre, por cuanto el mismo hombre se habia vendido á sí mismo y á toda su posteridad por el pecado. Al efecto le compra, no con el oro ó con la plata, sino con el infinito precio de su Sangre. Por manera, que una sola gota de ella era mas que suficiente para redimir mil mundos: podia pagar toda la deuda con un solo suspiro, con una sola lágrima. Pero no; mas bien quiso derramarla toda y entregar

su Alma con generosidad por la salud humana. Nació de la estirpe real y sacerdotal de los ingratos judíos, entre quienes se guardaba la Ley de la Circuncision, para comenzar á verter desde su infancia algunas gotas: cubierto de un sudor sanguíneo en la oracion del huerto, lloró por todos los poros de su Cuerpo como por otros tantos ojos, cada una de las culpas del hombre: ligado á la columna con fuertes cordeles, regó el suelo con la lluvia del preciosísimo licor que se esparcía de las repetidas heridas que recibió en su Carne por mano de los mas viles soldados: coronado de espinas, corrió á borbollones de su Santísima Cabeza para darnos despues coronas de gloria. ¡Oh incomparable amor! ¡Oh misericordia infinita! No contento con todo esto, fueron traspasados con los clavos sus manos y sus piés, partés las mas nerviosas del cuerpo y de consiguiente mas sensibles, para repartir donde quiera la afluencia de su Sangre. Aun despues de muerto, el corazon, la fuente del amor, le fué atravesado con la lanza: de allí salieron dos bautismos, el uno de sangre y el otro de agua, con que habia de purificarse el hombre para pasar de la muerte á la vida.

Como la vida está en la sangre, Jesucristo, como lo hemos observado ligeramente, la dió toda para resucitar al hombre muerto. Y para que causase sus efectos, la aligó á los Sacramentos como á unos canales, por quienes comunica la gracia á los que se acogen á ellos: "Ella no mancha como la sangre de otros, sino que limpia á quienes santifica." Por eso dijo Gilberto, ¡cuál es aquel color rojo que tiene cierto efecto de blanquear...! Así convenia que se cumpliese el vaticinio del Salmista expresado en estas

cortas palabras: *Purpura Regis vincta canalibus*. Desde luego, que solo por el Verbo Encarnado que es la perfecta Imágen de Dios, recuperamos la semejanza perdida por la culpa: solo por un Redentor lleno de gracia medicinal, se quitó el vacío que nos dejó en el alma el delito de Adán. ¡Para qué tanta misericordia, tanto afecto y tanto precio! "enseñó que el hombre le era precioso por la dignidad de su precio segun la idea de San Agustin."

Tratando ya de la gloria, ¡no es verdad que Jesucristo prometió en la Cruz el Paraiso al Buen Ladrón, y lo trasladó á él inmediatamente despues de su muerte! No lavaron sus estolas en la Sangre del Cordero aquellos fuertes y generosos Atletas, que vinieron de grande tribulacion! ¡Existe siquiera un solo bienaventurado en el cielo, á quien no se abrieran sus puertas por la muerte de Jesucristo, sino que hubiera entrado en él por otro medio! "Así como todos los elementos sintieron los clavos de la Cruz, segun reconoce San Leon," así tambien es claro que hacen el oficio de llaves en la Jerusalem celestial estos mismos clavos. Isaías profetizó, "que aquel camino será santo, y que el impuro no pasará por él." De aquí infiere el Angel de la Escuela, "que el pecado es el obstáculo para llegar al reino eterno." Pero el pecado, ó es comun á toda la naturaleza, ó es, por otra parte, propio de cada persona: de ambos modos se perdona á los que comunican de la pasion de Cristo por la fe, la caridad y los Sacramentos de fe: en consecuencia, quitado el impedimento, la entrada á la habitacion del Altísimo nos está concedida. Esto es lo que declaró el Apóstol San Pablo cuando escribió así á los

Hebreos: "Cristo, Pontífice de los bienes venideros, entró una vez en el santuario por su propia Sangre, adquirida una redencion eterna."

¡Oh tesoros inagotables del poder, de la sabiduría y de la bondad de nuestro Dios! "Traspórtese ya de alegría, clamaré con la Sagrada Esposa del Cordero, la multitud Angélica de los cielos: celebren los divinos misterios: y por la victoria de tan grande Rey resuene la turba saludable en brindis. Gócese también la tierra, iluminada con tantos resplandores; é ilustrada con el esplendor del Rey eterno, sienta, que se le ha retirado la oscuridad de todo el orbe. Alégrese también la Santa Madre Iglesia, adornada de tantas luces, y retumbe esta aula con las grandes aclamaciones de los pueblos." Ciertamente que Jesucristo con su muerte abatió la soberbia y todos los vicios, atándolos á su Cruz: con su Sangre nos volvió liberalmente los bienes perdidos y nos dió parte á la herencia de su gloria. El Juez se convirtió en reo para salvarnos: "El que crió á los hombres, los recreó, siendo su Libertador:" *Non enim misit Deus Filium suum in mundum ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.*

¡Cuál, pues, deberá ser nuestra gratitud hácia Dios por los beneficios recibidos del poder de su misericordia! Imitemos con todo nuestro espíritu, con todo nuestro cuerpo y con todas nuestras acciones á Jesucristo, que nos ha dicho: "Venid, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." Si bien estamos obligados á seguirle en todas sus virtudes, principalmente hemos de copiar en lo posible su humildad. ¡Habeis venido, ¡oh devotos concurrentes! y entrado

en este santo Templo á venerar con culto público la solemne festividad del Divino Redentor! Venid en hora buena, pero con un corazón dócil y compungido de haber ofendido á Dios: aborreced el pecado, que fué la causa de la muerte del Hijo de Dios hecho Hombre: las delicias voluptuosas, no son verdaderas delicias, sino ilusiones, nada mas que un espectro de deleite. Abracémonos con la Cruz de nuestro Señor Jesucristo y muramos asidos de ella: por medio de este madero se ha de pasar necesariamente el mar de esta vida, á fin de arribar al puerto feliz: por esta columna, semejante á aquella que hacia sombra al pueblo de Israel por el día, y le iluminaba por la noche, disiparemos las negras sombras de la culpa y caminaremos por la recta senda de la vida. Peleemos fuertemente contra nuestra rebelde naturaleza, hagamos á Dios este obsequio indispensable, y él mismo nos retribuirá con una eterna gloria.

ASÍ SEA.